

CONSTRUIR COHESIÓN SOCIAL, UNA ALTERNATIVA FRENTE A LA NUEVA NORMALIDAD

*María del Carmen Orihuela Gallardo

*Doctora en Estudios Mesoamericanos por la UNAM., México Posdoctoranda del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM (2019-2021). Docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Autora de diferentes artículos que giran en torno a la cosmovisión y procesos socioculturales de las mujeres y grupos indígenas.

Recibido: 21 de septiembre de 2020

Aceptado: 21 de octubre de 2020

Resumen

Históricamente la reciprocidad, la solidaridad y las normas de intercambio entre grupos sociales permiten crear redes de apoyo y cohesión social. Estas prácticas sociales son fundamentos sociales que han permitido a los grupos humanos encontrar alternativas de sobrevivencia frente a las diferentes problemáticas ambientales o sociales frecuentes. Este es el caso de las múltiples epidemias que han impactado a la población que ha habitado el territorio que ahora es México. Con estos antecedentes, es posible proponer que al fortalecer cohesión social a partir de prácticas de reciprocidad se podrá superar la crisis de postpandemia del COVID-19, sin un impacto devastador para los valores sociales.

Palabras clave: Reciprocidad. Identidad. Mujeres. Comunidad. Epidemias.

Introducción

Los indicadores en México de pobreza extrema recaen en la población indígena; asimismo, se reafirma que su desnutrición crónica los hará más propensos a no resistir la enfermedad. Serán grupos sociales o comunidades que puedan mermar su población drásticamente al sufrir el impacto de la pandemia provocada por el Coronavirus SARS-CoV-2. Ante esto nos preguntamos: ¿cuáles son los resultados para salir de la crisis comunitaria que dejará la pandemia en las comunidades? ¿Modificará la forma de vida y los

vínculos comunitarios tras sufrir el impacto de la enfermedad del COVID-19? Quizá aún no contemos con los elementos que puedan contestar estas preguntas. No obstante, a partir de una investigación sobre los valores y prácticas comunitarias, es posible identificar cuáles se mantendrán como los pilares sociales para enfrentar la crisis económica, sanitaria y social que se deriva de la postpandemia. Aquí se abordarán algunos aspectos que sustentan los principios éticos que fundamentan la permanencia y continuidad de la vida socio-cultural de los pueblos que mantienen su tradición. De forma que la presente investigación no se remitirá a propuestas novedosas, sino a los fundamentos sociales de la convivencia comunitaria. Es decir, a las acciones o prácticas constantes que permiten de integración de la colectividad.

La población que está organizada en colectividad, y más aún, la que mantiene prácticas que dan fundamento a valores éticos antiguos y profundos, posee diferentes fortalezas que no han sido reconocidas como potencialmente sólidas para enfrentar las crisis, en este caso, de salud. En una mirada muy cercana a los grupos tradicionales, encontramos que estos forman redes de cohesión social que se concretan en una interacción comunidad de apoyo y solidaridad; si bien éstas no son prácticas muy destacadas en los reportes sobre la emergencia sanitaria, la solidaridad y reciprocidad existente entre los grupos tradicionales aportarán apoyo emocional entre los integrantes de las comunidades indígenas, pues

la empatía y atención al sufrimiento de los otros crean múltiples beneficios para contener el sufrimiento o ansiedad de los grupos humanos que viven en comunidad.

De qué nos habla la historia de las epidemias en México

Han dicho los expertos que la epidemia del COVID-19 es una epidemia de dimensiones no vistas en 100 años, desde que se presentó la fiebre española, de la cual se calcula que causó la muerte de entre 20 y 50 millones de personas. Hasta ahora se ha dicho que la situación que enfrenta la humanidad ante la enfermedad del COVID-19 provocada por el virus SARS-CoV-2, es un hecho inédito, pues está afectando a todas las sociedades del mundo. La humanidad, entonces, se encuentra ante un reto inquietante, porque el mundo y sus sociedades no volverán a ser como habían sido antes de la pandemia. Posiblemente se crearán valores sociales éticos para apoyar al sostenimiento de la vida y de la salud; no obstante, contrario a construir nuevas formas de sociabilidad, la propuesta puede ser revirar hacia prácticas sociales y culturales que fomentan la cohesión social de forma sólida y sostenida desde la profundidad emocional de los seres humanos que viven en sociedad.

Con la incertidumbre que se observa en la población frente a la epidemia del COVID-19, es preciso buscar alternativas que permitan a la sociedad identificar las posibilidades de solución. La historia de los pueblos originarios puede mostrarnos las alternativas que se llevan a cabo desde la acción social, para retomar un nuevo orden y así poder continuar la vida frente a un proceso de caos e incertidumbre.

En México se han registrado diferentes epidemias, como la viruela, que mataba a 90% de la población contagiada, y que además estuvo acompañada de sarampión, varicela, paperas, tosferina; estas enfermedades se introdujeron entre

1519 y 1562. Las evidencias históricas muestran que fueron los pueblos originarios los que sufrieron el mayor impacto devastador debido a la disminución de la población, que se calcula que en tan sólo 85 años de 18 millones de habitantes se redujo a un millón de individuos (Malvido, 2003). También se presentó otra epidemia igualmente mortífera, el matlazahuatl, enfermedad que tuvo varios brotes a partir de 1545 (Mandujano Sánchez et al., 2003). A lo largo de los siglos siguientes, se tuvieron múltiples eventos epidémicos, es decir, la población en su proceso histórico estuvo enfrentándolas.

Las epidemias han estado presentes entre los pueblos mesoamericanos, incluso desde antes de la llegada de los españoles, ya que éstas coadyuvaban a que importantes ciudades prehispánicas fuesen abandonadas, como sucedió en Tula, por ejemplo, en el año 7 tochtli, en que “de mil partes toltecas se murieron 900” (Mandujano Sánchez et al., 2003). Hubo otra en la que hubo una escasez de más de cuatro años que provocó una pestilencia en la población que casi se extinguió. Ante la falta de alimento, las ciudades fueron abandonadas.

Ya en la colonia, diferentes epidemias atacaron a la población, muriendo en mayor proporción indígenas, después negros y en mucho menor escala españoles. Se tiene registro de que la gravedad de la situación provocada por las epidemias en tiempo anterior a la conquista española no sólo se quedaba centrada en la enfermedad o la muerte, sino que se le aunaban las hambrunas por no poder cultivar el maíz, o por crisis agrícolas (Mandujano Sánchez et al., 2003). Las consecuencias de una epidemia son que de ésta se derivan otras situaciones que provocan agravamiento de la enfermedad. La presencia de una enfermedad infecciosa siempre ha representado la suma de diversos acontecimientos devastadores para la población que la padece —la enfermedad misma, la muerte, la hambruna, las infecciones, y con todo esto, además se generaban guerras—

(Malvido, 2003). El surgimiento de una epidemia es un evento de desastre para la población que la enfrenta, por ésta misma y por sus consecuencias.

Fortalezas comunitarias frente el impacto destructivo de una epidemia

La situación que se genera con una epidemia y las normas de aislamiento y sana distancia obliga a los colectivos humanos a cambiar el orden con que se conceptualizan múltiples elementos socioculturales, además de las prácticas que dan sentido a la cohesión social. Buscamos aquí indagar si se recurre, durante el impacto de la pandemia, a un proceso de reconstrucción social en el que prevalecen las relaciones de cohesión social, que se tienen como normas éticas en la organización comunitaria de las sociedades indígenas. Dentro de este contexto, los pueblos tradicionales por sus características sociales, económicas y nutricionales han sido los más afectados; sin embargo, ante estos conflictos, ellos han podido ir más allá de la enfermedad y sus consecuencias para mantenerse en sociedad, formando comunidades solidarias. Esto no contradice la premisa de que en las comunidades se hace más presente el sentimiento de desprotección, el cual tiene como origen la violencia histórica asociada a la discriminación a la pobreza, al aislamiento y la desinformación, además de la imposición del cambio cultural, económico y social. Sin embargo, es importante reconocer que su fortaleza se deriva de un conocimiento y práctica ética sobre las relaciones humanas.

Por razones como ésta, sostengo que para comprender la fortaleza social de las sociedades tradicionales que viven en comunidad, es preciso observarlas desde su proceso histórico. Las epidemias en la Nueva España en el siglo XVI afectaron enormemente a la población indígena, por lo que interesa entender cuál fue la organización comunitaria que permite la continuidad de los fundamentos socioculturales que dan cohesión

social. Las epidemias han tenido como consecuencias desastres poblacionales. Frente a ese escenario surge la pregunta, ¿de qué forma actuaron los grupos sociales indígenas?, ¿podieron dar contención emocional y alimenticia al impacto de las epidemias? Quizá, al hacer una revisión a la situación actual se podrá hacer una posible respuesta a este planteamiento.

En los primeros momentos de una pandemia, donde el confinamiento y la vida social se detienen, buscamos en los registros antecedentes sobre cómo las sociedades, en este caso las tradicionales, han vivido y afrontado una crisis social tanto por el contagio del virus que producen las enfermedades, como por enfrentarse a la escasez de los recursos económicos para apoyar el acceso a la alimentación. A lo largo de la historia de los pueblos tradicionales de México, se han podido identificar algunas de las posibles respuestas que los grupos humanos han tenido frente a estos eventos epidémicos. Existen mecanismos sociales de fraternidad y reciprocidad fortalecida que se cimientan en la memoria histórica para reproducirse en el actuar cotidiano, con una dinámica de cambio, propia de la cultura, pero que conserve sus prácticas de más alto valor social y comunitario: la reciprocidad y la solidaridad.

Los pueblos nativos están haciendo un esfuerzo extraordinario para mantener el aislamiento comunitario, en muchos casos enfrentando escasez de recursos para mantenerse antes de tiempo de cosecha. Aquí se busca mostrar el alto valor social que tienen muchas de las formas de convivencia en comunidad, basado en la observación de la interacción de la población maya de la península de Yucatán, quienes se están quedando con los recursos mínimos para sobrevivencia.

La situación de la pandemia de la COVID-19 puso en alerta sobre la forma en que habitualmente los individuos se relacionan y, más aún, la capacidad que tienen de generar redes de solidaridad y apoyo cooperativo ante eventos complejos. Se ha percibido una tendencia al distancia-

miento, incluso, entre personas cercanas, más aún, entre poblaciones que se consideran alejadas culturalmente. Así, se identificó que se requieren procesos creativos para formar y reconocer las fortalezas sociales generadas a partir de las acciones que permitan involucrar a grupos e individuos. Justamente en la reciprocidad se puede descansar el potencial individual y enriquecerlo a partir del involucramiento comunitario.

Cohesión social: fundamentos en las comunidades indígenas

Las características de la reciprocidad surgen a partir de las relaciones de los individuos, es decir, entre ellos se genera directamente el trato entre las personas. A partir de una cooperación colectiva, se crean lazos profundamente sólidos, y en palabras de los nahuas indestructibles, tan así que es posible llamarse a sí mismos “hermandad”. “Nosotros somos una hermandad”, dice Maribel, una mujer nahua de la comunidad de Cuentepec, Morelos, al buscar explicar cómo es su sociedad. Pero, ¿qué sobreentendidos y códigos culturales están contenidos en la frase? Este lema concentra la dinámica comunitaria que permite las prácticas cotidianas, rituales y no rituales, que mantiene aquellos valores éticos de las sociedades que asume como principios de vida el dar, recibir y devolver, como lo desentrañó Marcel Mauss desde 1925. Con esta información es posible encontrar una relación entre la reciprocidad y la vida comunitaria. En las relaciones sociales sólidas y afectivas descansan los principios éticos y morales de una pequeña sociedad que se ha mantenido cohesionada por muchos siglos hasta la actualidad, a pesar de haber enfrentado, a lo largo de su historia, diversos eventos de enfermedades infecciosas, así como conflictos sociales, principalmente en la Revolución Mexicana entre la población indígena de Morelos. ¿De qué nos hablan esos sobreentendidos culturales para visualizar la violencia social que acompaña a los pueblos tradicionales con la

contingencia provocada por la enfermedad Covid-19?

Los pueblos originarios poseen un sinfín de códigos sociales, los cuales están definidos muchas veces por las acciones referentes a formas culturales identitarias. Dichos códigos se ha reproducido en acciones constantes de integración social, a los cuales es posible acceder a partir de formas de reciprocidad. Las relaciones sociales son de orden económico, político y también afectivo; ahí descansan los principios éticos con que se relacionan las personas con otros seres humanos o entidades que conceptualmente son parte de la naturaleza.

La reciprocidad está presente en el acontecer cotidiano. Sin embargo, muchas veces se activan actos de reciprocidad más complejos al presentarse eventos extraordinarios, como la enfermedad, por ejemplo. Éste es el elemento social que activa algunas formas importantes de redistribución de comida, entre otras cosas. Es tan alto el valor social que tienen las acciones de reciprocidad que, al interrumpirlas, se infringen las normas comunitarias, haciendo que se presente una ruptura de acuerdos establecidos.

¿Con qué prácticas se genera la solidaridad colectiva?

Si bien los mecanismos de la reciprocidad se encuentran en la memoria colectiva, se activan en el actuar constante. Por citar algunos casos, el acto ritual conocido como k’eex (cambio o intercambio) practicado entre los mayas de la península de Yucatán. El k’eex es un dar y recibir, es un cambio que en la mayoría de las veces involucra un elemento ritual. Para la cultura maya, el intercambio es un fundamento social de tal magnitud que no es posible plantearse la continuidad de interacción con la naturaleza sin intercambiar (Orihuela Gallardo, 2015). Además de intercambio, se encontró un acto que tiene como principal objetivo la redistribución de comida. Se trata de

práctica ritual conocida como *ts'áayatsil*, donde *ts'áa* es dar y *tsil* se refiere a una forma pragmática. De acuerdo con los códigos culturales, *ts'áayatsil* se expresa como una acción que denota dar con bondad con un orden moral, tanto a las personas de la comunidad como seres sobrenaturales que se encuentran en el mundo cosmológico de los pueblos mayas peninsulares. Este acto ritual, que implica la redistribución de recursos, se realiza igualmente al presentarse la enfermedad de un integrante de la familia, y consiste en elaborar y ofrecer comida a las personas de la misma comunidad.

Acciones de reciprocidad están estrechamente conectadas con la solidaridad. Aunque su fortaleza está en que las redes se crean y fomentan constantemente en la vida cotidiana de la dinámica colectiva, éstas pueden surgir espontáneamente. Es decir, sin tener una relación antes establecida, surgen acciones que acuden a la ayuda de otras personas, o seres de la naturaleza que necesitan de un impulso humano para ayudar a los seres cercanos. Las formas de actuar en bien de la comunidad surgen de distinta manera, por ejemplo, al ocurrir un accidente o una emergencia sanitaria como la que hoy vivimos y se proveen de alimentos o recursos necesarios para sobrepasar el periodo de crisis. Las acciones solidarias surgen de distintas formas y en diferentes momentos sin necesidad de que haya un lazo previo.

Es preciso destacar las fortalezas que ha mostrado la población indígena para enfrentar los escenarios desfavorables, que pueden ser semejantes a las múltiples epidemias enfrentadas a lo largo de su proceso histórico. Se trata de mecanismos sociales que caracterizan a sus actividades comunitarias y que son fortalecidas por su tradición cultural. Los actos de reciprocidad tienen un potencial humanitario extraordinario con alcances tan amplios que rebasan la interacción puramente económica y que van mucho más lejos (Temple, 2003). En esta parte, conviene pun-

tualizar que al actuar de forma ética, es decir, con la que los individuos tienen normas de conducta que la sociedad establece, se genera un bienestar social.

En una postpandemia y la nueva normalidad

En un futuro próximo, tras vivir la crisis de aislamiento social, se podrá visualizar a la sociedad formando redes sociales o lazos humanos que permitirán hacer comunidad. En otras palabras, se revivirán las acciones colectivas que permiten a los individuos vincularse a partir de mociones formadas por el apoyo que logró surgir, aunque se tuviera una ruptura social; en ese sentido, conviene recordar que la palabra comunidad es definida por la Real Academia Española (2020) como un “conjunto de personas vinculadas por características o intereses comunes”. El impacto social de “hacer comunidad” tiene que ver, pues, con generar acciones para mantener el bien del colectivo; asimismo, dicho término, por definición es buscar actuar con consideración y respeto al resto de los seres de la sociedad, en la que está incluida la naturaleza. La interacción cotidiana de las sociedades tradicionales muestra que no sólo habitar un territorio común hace una comunidad, mucho menos una cohesión social tan sólida como lo es “una hermandad”.

Ser parte de una comunidad con cohesión social no sólo se refiere a realizar actividades culturales que se hacen al compartir conocimiento común; más bien, es compartir rasgos identitarios y mantenerse en una dinámica de actuar para devolver desplegando la circulación de elementos.

Así, las formas sociales son construidas para mantener elementos circulando y operando en las relaciones cotidianas, lo cual genera fortaleza moral o alta estima social. El dar es una de las acciones más sobresalientes en la convivencia social, pero este acto no puede estar solo, pues se da sin esperar que los mismos que lo reciben lo devuelvan de igual forma y en el mismo momen-

to. Para completar el circuito de acciones sociales implicadas, está implícito el recibir, por supuesto, diferentes elementos y en diferentes tiempos. El dar, recibir y devolver o generar reciprocidad, puede crear en la comunidad la tranquilidad de haber dado o trabajado apoyando las causas colectivas. Lo que es en bien de uno, también lo será para los otros, y las acciones serán correspondidas cuando se necesite sin importar de quién llegue y en qué tiempo se haga. Se trata de poner en circulación elementos diversos – solidaridad, compañerismo, trabajo conjunto, alianza, cuidado mutuo, elaboración y distribución de comida, protección, respeto o conocimiento–, con los cuales todos los individuos se encuentran contribuyendo constantemente.

Las sociedades tradicionales construyen y mantienen su cohesión social. Si en la realidad de cada persona se puede construir, es decir, actuar para poner en circulación elementos que van desde lo económico, lo subjetivo o la profundamente emocional, al observar la organización social de las comunidades tradicionales, es notorio que cotidianamente se generan acciones para apoyar a la familia y a la comunidad. Lo anterior es evidente a partir de actividades cotidianas de apoyo y disposición al trabajo colectivo, como compartir comida con las personas que llegan a casa, o promover actividades de convivencia que enaltecen el “agradecimiento”, lo que tiene un fuerte impacto emocional en el individuo social.

Las labores de reciprocidad son fortalecidas por el actuar sobresaliente y cotidiano de las mujeres, dada su participación constante en la vinculación social, ya que tienen el papel sustancial de dar continuidad a las formas sociales involucradas en la reciprocidad, y son ellas las que elaboran la comida, elemento esencial para circular el dar y recibir alimento. No obstante, su labor va más lejos: las mujeres con sus cuidados y su contención emocional establecen los vínculos de identidad y fortalecimiento emocional en la dinámica social (Orihuela Gallardo, 2020).

En el caso de las sociedades tradicionales, se mantiene ese circuito de acciones al pactar con el resto de la sociedad en la que, no olvidemos, está incluida la naturaleza. La reciprocidad mantiene el equilibrio socio-ambiental, permite la vinculación de los individuos o la formalización de redes sin que necesariamente sea entre dos sujetos; precisamente, lo que se destaca con la reciprocidad es lograr redes que incluyan a todos los seres que pueden interactuar entre ellos.

El hambre es una situación de todos los seres de la naturaleza que no es permitida. Las sociedades originarias, sustentadas en la cultura y la cosmovisión, transmiten en sus prácticas y narrativas normas sociales muy estrictas que tienen la finalidad de impedir el hambre. Con ese principio, se ponen en circulación múltiples prácticas, algunas muy antiguas, otras más actuales que se han ido modificando y adaptando a las nuevas realidades sociales. La enfermedad es una de las consecuencias que se tendría por falta de reciprocidad; en estas prácticas se reconoce la capacidad de proveer y promover ese equilibrio social; por ejemplo, el compartir comida. En esos momentos, son más evidentes dichos actos porque cobran la forma de objeto o comida.

Reflexiones finales

La reciprocidad es una acción que implica poner en movimiento innumerables actos sociales que permiten generar puentes o vías de comunicación entre diversos grupos sociales u otros individuos que viven distintas realidades dentro de un mismo territorio, e incluso fuera de éste. No obstante sus desacuerdos, la comunicación que se genera en la dinámica cotidiana de convivencia puede generar una reconciliación entre individuos o grupos comunitarios. La reciprocidad, en ese sentido, también permite relaciones colectivas de sostenimiento o contención emocional.

En suma, tras revisar la historia de las pandemias, es posible proponer que los vínculos gene-

rados a partir de la reciprocidad serán los mecanismos anclados en la memoria colectiva que permitirá dar respuesta a los eventos adversos que históricamente se dan con más fuerza después de una pandemia, como la que México actualmente está enfrentando. Ante la escasez y hambruna, los problemas podrán ser menos severos si la población genera acciones de reciprocidad y solidaridad ante la nueva normalidad. Entonces, tras la pandemia, la cohesión social sostenida en la reciprocidad dará posibilidades de reconstrucción social para superar la crisis de escasez de recursos económicos, pero también el dolor emocional generado por las pérdidas humanas.

Bibliografía

- Comunicación personal con Maribel Villegas. Profesora de náhuatl y habitante de Cuentepec, Morelos. Agosto de 2019.
- Comunicación personal con Eli Casanova. Traductor Maya hablante. 15 de mayo de 2020.
- Giménez, G. (2020). Cultura, identidad y procesos de individualización. En *Conceptos y fenómenos*

fundamentales de nuestro tiempo. UNAM. Disponible en: http://conceptos sociales.unam.mx/conceptos_final/625trabajo.pdf

- Malvido, E. (2003). “La epidemiología, una propuesta para explicar la despoblación de América”, *Revista de Indias*, 53(227), 65-78.
- Mandujano Sánchez, A. Carrillo Salache., L y Mandujano, Mario. (2003). “Historia de las epidemias en el México Antiguo. Algunos aspectos biológicos y sociales”, *Tiempo, Laberinto, UAM*, 9-21.
- Mauss, M. (1961) [1925]. “Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en *Sociología y Antropología*. Editorial Tecnos.
- Orihuela Gallardo, M. C. (2020). «Reciprocidad: una práctica comunitaria para superar la COVID-19». *Notas de Coyuntura del CRIM*, (37), 1-7.
- Orihuela Gallardo, M. C. (2015). *El simbolismo agrícola en la narrativa maya* [Tesis de doctorado. UNAM]. <http://132.248.9.195/ptd2015/mayo/0729083/Index.html>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.3 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [20 de mayo de 2020].
- Temple, D. (2003). *Teoría de la reciprocidad. La reciprocidad y el nacimiento de los valores humanos*, Tomo I, PADEP.